

Ernesto Langer Moreno

Cuentos infantiles

Dedicados a mis nietos Simón, Agustín, y a todos aquellos o aquellas que vendrán.



2015



Derechos reservados 2015

©Ernesto Langer Moreno

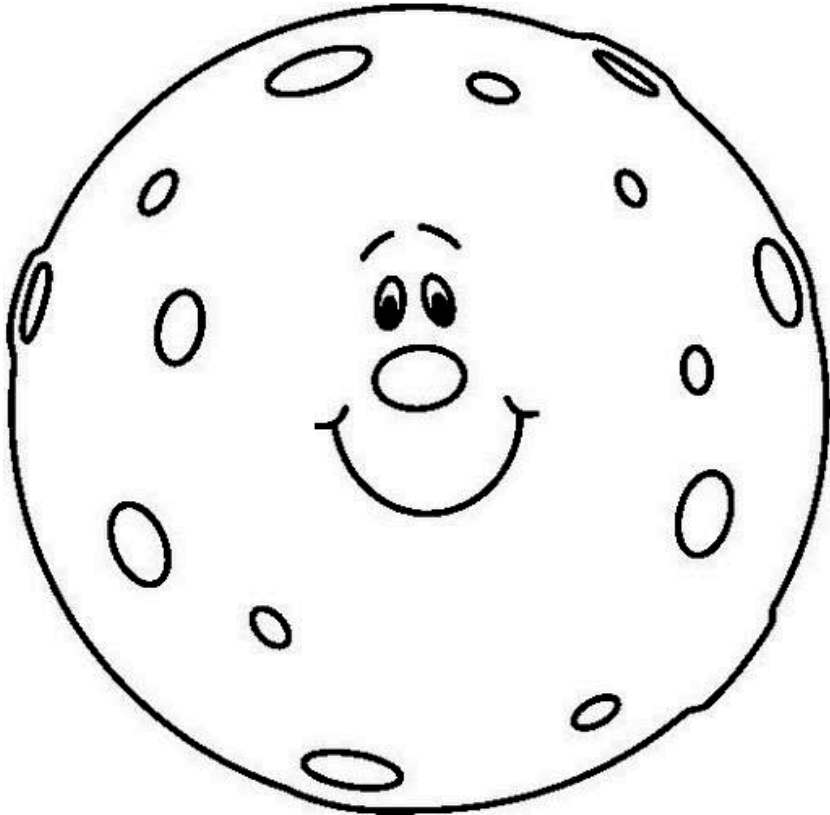
Permitida su reproducción con autorización del autor

email: elanger@escritores.cl

Editado por: www.escritores.cl

Impreso en Chile / Printed in Chile

JUANITO Y LA LUNA



Juanito era un niño muy bueno y obediente. Su mamá estaba orgullosa de tener un buen hijo como él. Un día Juanito le pidió permiso a su mamá para ir a un lugar a la orilla de un río que se encontraba a unos kilómetros de la casa.

Su mamá, como confiaba en Juanito, le dijo que sí, que podía ir, pero que volviera antes de caer la noche.

Entonces Juanito tomó unas frutas y unos panes y se fue de paseo muy contento.

Por el camino se encontró con unas vacas y unos caballos que comían en un enorme potrero. Y más allá vio también unas ovejas cuando pasaba por sobre un pequeño puente. Finalmente llegó a la orilla del río que no tiene nombre.

Allí, debajo de un gran árbol, se sacó los zapatos, apoyó su cuerpo en el tronco del árbol y metió los pies al agua para sentir la fuerza de la corriente.

Estaba muy contento, pero también un poco cansado, por lo que no pudo evitar quedarse dormido, y durmió como un ángel.

Cuando despertó comenzaba a ponerse oscuro. Pensó en lo que le había dicho su mamá de volver antes que oscureciera. Se secó los pies y se puso los zapatos, y de pronto el día se hizo totalmente de noche y oscuro.

Apurado Juanito intentó regresar a su casa, pero cuán grande fue su sorpresa al darse cuenta que como no podía ver

en la oscuridad se había perdido y no reconocía el camino.

-¿Qué haré?, se dijo entonces, un poco nervioso y asustado.

Y en eso escuchó una voz que lo llamaba por su nombre: "Juanito, Juanito".

El miró hacia todos lados pero no vio a nadie.

-Es aquí arriba, le indicó la voz. Y era la luna quien lo llamaba.

-Porque eres un niño bueno y obediente -le dijo la luna-, quiero que llegues luego y sano a tu casa; me voy a hacer muy grande para alumbrarte y puedas ver.

Y entonces, como un gran farol en el cielo, la luna creció y creció hasta hacerse inmensa e hizo como si la noche fuera de día para que Juanito pudiera encontrar su camino.

El se fue corriendo sin parar y cuando por fin llegó a su casa, su mamá lo estaba esperando preocupada.

-¿Qué te pasó hijo, por qué tardaste tanto?

Juanito le explicó que se había quedado dormido y se le había hecho tarde.

Su mamá lo abrazó y le preguntó cómo había podido encontrar el camino en la oscuridad.

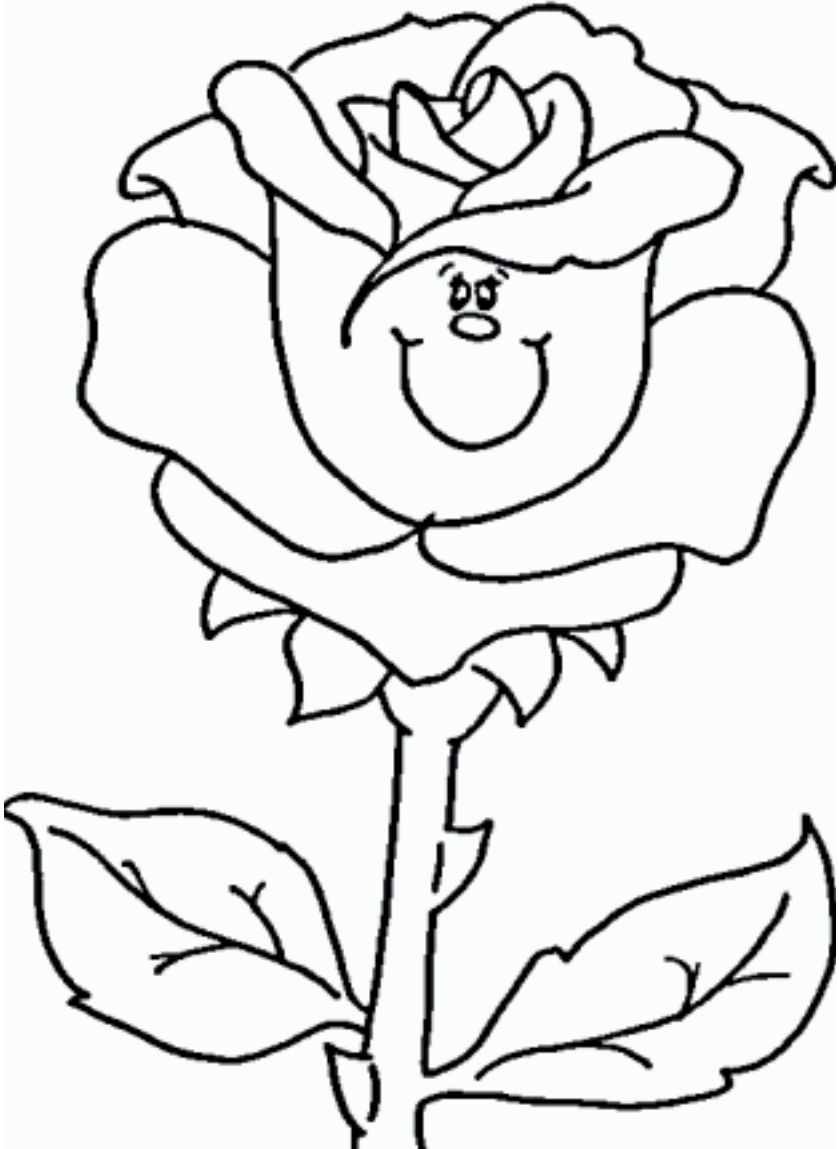
El le contestó que había tenido la suerte de conocer a una amiga increíble.

-¿Pero, quién?, le preguntó su mamá.

Y Juanito indicando hacia el cielo a través de la ventana, le mostró la luna, que ya había vuelto a su tamaño normal.

La mamá de Juanito no sabía qué decir, pero en todo caso le dio las gracias a la luna, y la luna le cerró a ella un ojo en señal de amistad. Además de regalarle una hermosa y brillante sonrisa.

LA ROSA PRETENCIOSA



Erased una vez una rosa muy coqueta y vanidosa que, como veía que todos se detenían ante ella para alabar su belleza, ni siquiera quería hablarles a las otras flores del jardín. Por la mañana ella amanecía toda cubierta de rocío y luego se iba abriendo lentamente, mostrando uno a uno sus pétalos, creyéndose mejor que las demás.

En eso, una abeja se posó en una hoja de un árbol cercano y viéndola tan engreída le preguntó: –¿Por qué eres así con las otras flores del jardín? Tú eres sin duda la más bella, pero no eres la más dulce, ¿qué te hace pensar que tú eres la mejor?

La rosa escuchó sin mover una espina y se hizo la desentendida. Porque, pensó ella, quién era esa abeja para pedirle explicaciones. Ella se sentía la reina de las flores y a una reina no se le habla así no más. La abeja a su vez, al verse ignorada, no insistió, y se fue volando hacia otra flor más agradable. Al otro día, a una mariposa que revoloteaba por el jardín también le llamó la atención el aire de superioridad de la rosa y acercándose le preguntó:

–¿Quién eres tú que te estiras y miras con desprecio a las demás flores del jardín?, Tú eres sin duda la más bella, pero no eres la más dulce ¿qué te hace pensar que eres la mejor? Otra vez la rosa escuchó sin decir una palabra y la mariposa que no estaba de humor para soportar a una pesada como

esa, también se marchó. Así pasaron los días y la rosa seguía creyéndose la mejor. Las otras flores del jardín murmuraban entre ellas y por supuesto, esa rosa no les caía muy bien. Yo soy la más bella –se decía la rosa- no hay otra como yo.

Pero entonces, sucedió algo inesperado. La dueña del jardín apareció con unas tijeras en las manos y a esa rosa, que era por cierto la más bella, fue la única que cortó. Se la llevó adentro de la casa y la puso con un poco de agua en un jarrón. Al poco tiempo, como era de esperarse, la rosa comenzó a marchitarse y sus pétalos se pusieron tristes y empezaron a caerse. Su belleza desaparecía mientras podía ver a través de la ventana a las otras flores del jardín.

Ellas continuaban perfumando el jardín con sus dulces fragancias y las abejas y las mariposas seguían revoloteando alrededor. Entonces, la rosa comprendió que su belleza le había traído su desgracia al llamar tanto la atención. Y que a veces es mejor no serlo demasiado, sino que le habría sido mucho más provechoso ser dulce y sencilla como las otras flores del jardín. Porque mientras ella se moría triste y fea en ese jarrón, las dulces flores continuaban gozando del sol y del rocío. Cosas que ella, que se creía la más bella y apreciada, no vería nunca más.

LA NIÑA Y LA PALOMA



Claudita quería mucho a los animales y un día se encontró una paloma que tenía una de sus alas heridas y no podía volar. Se acercó con todo cuidado y tomándola entre sus manos se la llevó a su casa hasta que sanara. Allí la metió en una caja de cartón con unos géneros viejos y le echó un poco de desinfectante en el ala para curarla. Durante varios días, después que llegaba del colegio, ella hizo lo mismo hasta que la paloma pareció estar un poco mejor.

El viernes cuando llegó fue a verla como de costumbre, pero la paloma ya no estaba. Primero Claudita se alegró mucho pensando que la paloma se había sanado y que pudiendo volar se había ido a buscar a los suyos en el cielo. Pero, por otra parte, también se puso triste porque ya no la iba a ver más, y ella se había encariñado con la paloma. Así, esos dos sentimientos estaban entonces juntos en su corazón: la alegría y la pena.

Como Claudita no entendía muy bien lo que le pasaba, fue a contarle todo a su mamá. La mamá le dijo que lo que ella sentía era algo natural, pero que la alegría tenía que ir poco a poco ganándole a la pena, porque aunque era verdad que ella echaba de menos a la paloma, ella la había curado para que pudiera volar, y que por eso, por haber logrado sanarla con sus cuidados, tenía que sentirse muy feliz. Claudita, aunque

comprendió e incluso estuvo de acuerdo con la explicación de su mamá, no pudo dejar de sentir pena, pues ella echaba mucho de menos a su paloma.

Otro día, en medio de unas plantas, descubrió a un pajarito que estaba enredado entre unas ramas y unos palos, sin poder escapar. Se acercó con mucho cuidado para no asustarlo, igual como lo había hecho con la paloma, y abriendo un camino con sus dos manos, le ayudó a liberarse de su prisión. El pajarito voló y voló contento por el aire hasta alejarse. Claudita, mirándolo, tuvo un gran sentimiento de ternura en su corazón, y entonces comprendió lo bueno que era que su paloma estuviera volando libre, sana y contenta como ese pajarito feliz. Desde entonces de a poco su pena fue desapareciendo y la alegría se hizo muy grande, hasta que pudo ella sola llenar todo su corazón.

LA BRUJA DE LA TELEVISIÓN



Un día como tantos en que Tomás miraba la televisión solo en su casa, mientras esperaba a que su mamá regresara del trabajo, apareció una bruja en televisión. Esta era muy fea y su cara era maligna. A Tomás le dio mucho miedo pues pensaba que en cualquier momento, la bruja lo miraría directamente a los ojos para decirle que conocía todas las maldades que había hecho ese día. Pero la bruja ni se dio cuenta de que Tomás la miraba, y continuó preparando sus embrujos como si nada.

El pobre Tomás pudo descansar un poco, porque nadie le contaría a su mamá cuando llegara que se había comido todas las galletas que ella guardaba en la cocina, ni que había roto el vidrio de la ventana del comedor. Ahora podría echarle la culpa de todo a algún ratoncito o hacerse el distraído y fingir que nada sabía de los asuntos en cuestión.

En el fondo, Tomás no era malo, pero no podía resistirse a una diablura cuando la oportunidad se presentaba, y como sus padres trabajaban todo el día y él debía permanecer muchas horas solo, nunca faltaban oportunidades para hacer cosas indebidas.

Cuando la bruja volvió a aparecer en televisión, Tomás miraba sin preocuparse, pero de pronto la bruja apuntó directamente a Tomás con dedo arrugado y feo, y le gritó

con una voz de bruja terrible: –¡Pórtate bien! O si no...

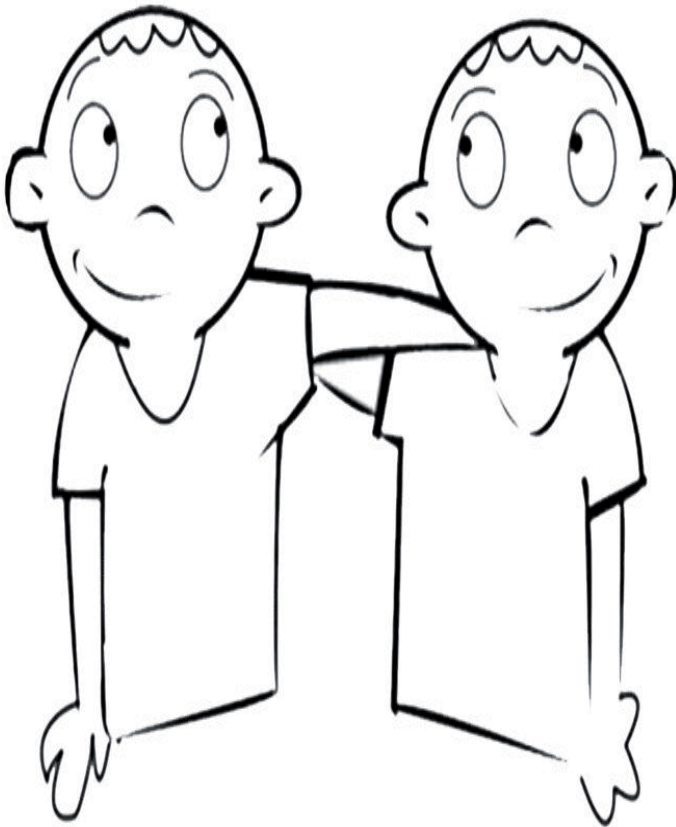
Tomás no podía creer lo que acababa de escuchar, la bruja sabía todo y lo estaba amenazando.

Cuando su madre regresó del trabajo, lo primero que hizo el niño fue contarle todos los desastres que había hecho. De las galletas y del vidrio de la ventana del comedor que había quebrado, y se quedó muy triste en espera de su merecido castigo.

Pero en lugar de un buen reto, su mamá le dio un gran beso y un abrazo. No porque lo felicitara por las maldades, que estaban muy mal, sino porque estaba feliz de que su hijo fuese valiente y honesto, y se hubiese atrevido a confesar la verdad aunque esto pudiera traerle un severo castigo.

Desde ese día, Tomás se portó bien y dijo siempre la verdad. Ya no hizo maldades, ni tuvo motivos para temerle a la bruja de la televisión.

LOS AMIGOS



Benjamín era un niño habiloso y simpático al que gustaba hacer las tareas y jugar con sus amigos. Uno de ellos se llamaba Diego y vivía cerca de su casa.

Entre ellos había crecido una linda amistad. Tanto, que no había día en que no se juntaran para jugar.

Pero una vez, Benjamín llegó llorando a su casa porque Diego le había pegado un puñetazo en el ojo.

Su mamá, entonces, fue a conversar con la mamá de Diego, para averiguar qué había pasado entre los dos.

La mamá de Diego no sabía lo ocurrido y se sorprendió mucho; llamó a Diego muy seria y le preguntó por qué le había pegado a Benjamín.

Diego se amurró, bajó la cabeza y permaneció en silencio mirando al suelo.

Entonces su mamá se enojó mucho y lo retó diciéndole que si él hacía otra vez eso lo iba a castigar, y lo que es peor, le dijo, Benjamín no volverá a jugar contigo.

Una semana después todo parecía decir que la pelea se había olvidado y Diego y Benjamín jugaban de nuevo al pillar en el jardín.

Pero, de pronto, otra vez llegó Benjamín llorando donde su mamá porque Diego le había pegado una patada.

Esta vez la mamá de Benjamín retó ella misma a Diego y además lo fue a acusar a su mamá.

Su mamá lo retó de nuevo, le pegó dos palmadas en el trasero y lo castigó dos días sin postre.

Diego se puso a llorar y se fue corriendo a su pieza donde cerró la puerta y se quedó.

Unos días después Diego fue a buscar a Benjamín para jugar, pero Benjamín no quería salir a jugar con él.

Y así sucedió varias veces. Benjamín simplemente no quería jugar más con Diego y este se tenía que volver solo y triste para su casa.

La mamá de Benjamín se dio cuenta que su hijo estaba también apenado y que echaba de menos a su amigo. Entonces le dijo que lo mejor era perdonar a Diego y darle otra oportunidad., ya que siempre entre amigos hay que tratar de hablar y ponerse en las buenas para poder conservar la amistad. Porque tener un amigo es como tener un verdadero tesoro, dijo la mamá.

Al otro día, Diego volvió a buscarlo y Benjamín de nuevo no quiso salir a jugar.

Pero luego, cuando Diego se volvía a su casa llorando, Benjamín salió corriendo y lo abrazó.

Diego estaba emocionado, le pidió perdón y le prometió que nunca más le pegaría porque él ahora entendía que tener un amigo era como tener un verdadero tesoro, y que lo tenía que cuidar.

Desde ese día en adelante, cada uno fue un tesoro para el otro y no hubo nunca más peleas, como debe ser entre dos amigos que se quieren y se juntan para jugar.

UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE



Martín, un duende feliz que vivía en el bosque entre los árboles, no conocía a los hombres y ni siquiera había escuchado hablar de ellos.

El se paseaba jugando y cantando con sus amigos, los animales, desde que amanecía hasta el anochecer.

Un buen día Martín escuchó unos sonidos desconocidos que se iban acercando poco a poco y decidió ir a investigar.

Eran dos extrañas criaturas que corrían por el bosque tomados de la mano y riendo.

Parecían felices como él y, observándolos escondido detrás de las hojas de las plantas, los siguió.

Un poco más allá los niños cansados se sentaron sobre la hierba a descansar. Y allí entonces Martín los alcanzó y, venciendo su natural timidez, salió de su escondite y se les presentó.

Los niños al verlo tan pequeño, de un color amarillo y con unas orejas puntiagudas, simplemente no sabían qué decir. Los dos abrieron enormes sus ojos y se quedaron mudos como un árbol.

Martín los miraba también a ellos mudo y sorprendido, observando sus pequeñas orejas redondeadas y su piel blanca como la carne de algunas cosas que él conocía.

Ninguno de los tres se atrevía a decir una palabra. Pero no estaban asustados. Al contrario.

Luego de un rato uno de los niños se atrevió a hablar:

–Hola, yo me llamo Hans y él Cristóbal, ¿quién eres tú?

–Martín, respondió Martín. Yo soy un duende y vivo en este bosque. Y ustedes ¿de dónde son?

–Nosotros vivimos en la aldea, contestaron los dos niños a la vez, y vinimos a jugar.

–¿A jugar?, preguntó Martín, que al parecer no entendía lo que esa palabra significaba.

–Si, a jugar, respondieron los niños. A correr y a disfrutar del olor de las flores mientras nos revolcamos en la hierba y escuchamos el canto de los pájaros.

–¡Ah!, eso, dijo Martín, eso está bien. Eso es lo que hago todos los días, desde que nací.

–Juguemos entonces, dijo Cristóbal, y se puso a correr.

Hans lo persiguió y Martín hizo lo mismo.

Pero como las piernas de los niños eran más largas, Martín comenzó a quedarse atrás sin que ellos lo notaran, hasta que finalmente ellos iban muy lejos para que Martín pudiera alcanzarlos.

Martín les gritó, pero ellos no lo escucharon.

Después de un rato, cuando los niños se detuvieron cansados a descansar, se dieron cuenta que el duendecillo ya no estaba. Lo llamaron, pero este no apareció porque se había esfumado.

Entonces pensaron que Martín había sido solamente uno de esos tantos personajes imaginarios con los que jugaban todos los días y se fueron a su casa; un poco tristes porque habían llegado a creer que el duendecillo realmente existía.

Por su lado Martín pensaba si acaso esas dos criaturas no habrían sido más que el fruto de su imaginación, y siguió como siempre saltando feliz entre las flores del bosque.

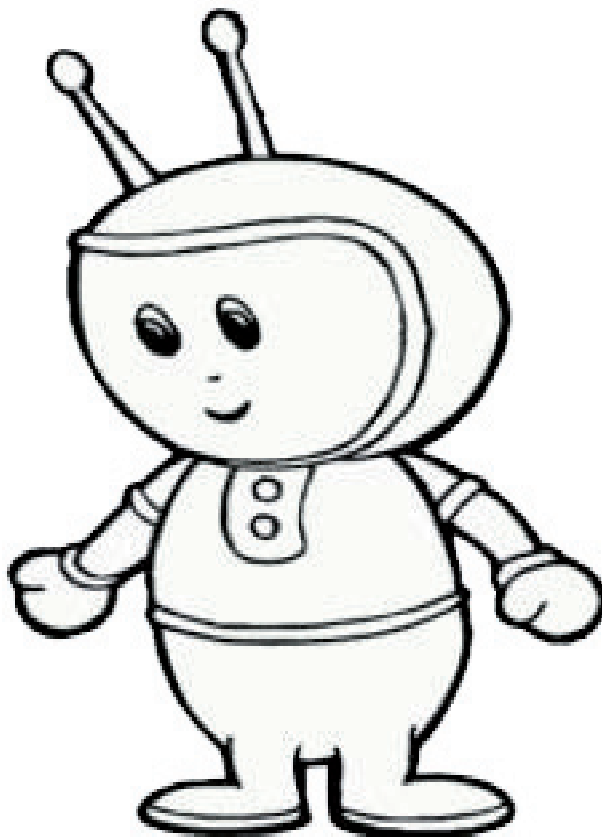
Ninguno olvidaría, sin embargo, aquel encuentro con una criatura tan diferente. Los niños se quedaron con la idea de que el duende había usado su magia para desaparecer, o simplemente se había hecho invisible.

Y el duende con la idea de que nunca más vería a otras criaturas tan veloces y exquisitas como esas, porque ellas no podían existir.

Pero se puede asegurar que en cada bosque de este planeta vive un duende feliz. Y que cada niño que juega puede encontrarse con él.

El abuelo Ernesto

CARLA Y EL EXTRATERRESTRE



Carla tenía un amigo que no era de este planeta, pero nadie le creía. Ella contaba que su amigo tenía la piel verde, unas orejas más grandes que lo normal y dos antenas en su cabeza.

También decía que a veces, por las noches, cuando todos dormían, su amigo la venía a visitar en su platillo volador.

Sus compañeros de curso no sabían si creerle o no, pero sus papás, definitivamente, pensaban que eso no era más que el fruto de su imaginación.

Carla sufría porque no le creían y pensaban que no decía la verdad. Así que un día le propuso a unas compañeras de curso que se fueran a dormir a su casa. Y eso es lo que hicieron.

Como a las doce de la noche, cuando ya todos dormían, de repente, algo zumbó en el aire y tan veloz como un rayo de luz, un objeto redondo de acero, llegó a posarse en la habitación.

Las niñas estaban sorprendidas y asustadas y tenían sus ojos bien abiertos, como dos grandes huevos fritos.

De esa bola de acero bajó un ser extraño, tal como lo había descrito antes Carla, y mirándolas a todas las saludo en un idioma que, exceptuando por supuesto a Carla, ninguna de las otras niñas entendió.

El extraterrestre se acercó a su amiga y le dijo algo al oído

frente a la atenta mirada de sus compañeras. Luego subió a la nave y partió de nuevo rumbo a su planeta.

Las niñas no lo podían creer. Se armó en la pieza una verdadera revolución. Tanto fue el ruido que aparecieron los papás de Carla para ver lo que ocurría.

Carla les contó y, aunque, como ya dijimos, ellos no creían, estaban algo confundidos porque ahora todas las niñas juraban y rejuraban que todo era verdad.

La historia se supo en todo el colegio y cuando alguien le preguntaba a Carla por lo que el extraterrestre le había dicho al oído esa noche, ella le respondía que su amigo le había prometido que si seguía sacándose buenas notas, la volvería a visitar.

Por eso Carla tiene siempre el mejor promedio de notas final.

INDICE

JUANITO Y LA LUNA.....	3
LA ROSA PRETENCIOSA.....	6
LA NIÑA Y LA PALOMA.....	9
LA BRUJA DE LA TELEVISIÓN.....	12
LOS AMIGOS.....	15
UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE.....	18
CARLA Y EL EXTRATERRESTRE	22

SOBRE EL AUTOR



Ernesto Langer Moreno nació en Santiago, Chile, el 23 de mayo de 1956. Actualmente es el editor del Portal de Literatura Chilena en Internet www.escritores.cl.
Ha publicado libros de poemas, cuentos y novelas cortas.
email del autor: elanger@escritores.cl